

John Kenneth Galbraith en España

Antonio Nogueira Centenera¹

Received: 25/08/2017 / Accepted: 10/11/2017

Resumen. A partir de la segunda postguerra mundial, la morfología del capitalismo de Estados Unidos fue estudiada por los economistas españoles, y más decididamente tras el Plan de Estabilización de 1959. Entre las teorías foráneas explicativas del nuevo capitalismo gerencial, se encontraba la obra del profesor de Harvard John Kenneth Galbraith. Las ideas económicas del autor de *El nuevo Estado industrial* fueron pronto difundidas y debatidas en España. Dada la naturaleza de su pensamiento, Galbraith encontró una favorable acogida dentro del establishment académico, político y empresarial. En la etapa del desarrollo, la tesis de la “tecnestructura” tuvo una singular notoriedad. Coincidiendo con la transición democrática, el economista institucionalista y keynesiano tuvo que hacer frente al ascenso del monetarismo de Milton Friedman, estableciéndose en España, al igual que en otros países, dos posiciones significativas acerca del papel del Estado en la economía.

Palabras clave: Difusión de ideas económicas; John Kenneth Galbraith; gestión capitalista.

[en] John Kenneth Galbraith in Spain

Abstract. From the second postwar period, the morphology of the capitalism of the United States was studied by the spanish economists, and more firmly after the Plan of Stabilization of 1959. Among the explanatory foreign theories of the new managerial capitalism, it was the work of the professor of Harvard John Kenneth Galbraith. The economic ideas of the author of *The New Industrial State* were soon spread and debated in Spain. Given the nature of his thought, Galbraith found a favorable reception inside the academic, political and managerial establishment. In the development stage of Spain, the thesis of the “technostructure” had a singular reputation. In the democratic transition, the institutionalist and keynesian economist had to face the rise of monetarism by Milton Friedman, establishing in Spain two significant positions about the role of the State in the economy as in other countries.

Keywords: Spread of Economic Ideas; John Kenneth Galbraith; Capitalist Management.

JEL Classification: A11, B31, P120.

1. El autor de “El poder y el economista útil” y España

Nacido en el sur de Ontario (Canadá), en la figura de John Kenneth Galbraith (1908-2006), se aprecian varios planos diferentes. Existe el Galbraith político: consejero de los presidentes Roosevelt, Truman, Kennedy y Johnson; el embajador de Estados Unidos en India (1961-1963) que advierte sobre el peligro en Vietnam. Está el editor de *Fortune*; el escritor de éxito que satiriza sobre la diplomacia, el alto empresariado y la academia norteamericana. Y surge, naturalmente, el Galbraith economista;

el director de la Oficina de Control de Precios (1941-1943), en la Segunda Guerra Mundial, con una ejecutoria que duplica la producción industrial, sin inflación ni desempleo; el estudioso de la pobreza de masas; el profesor en la Universidad de Harvard (1949-1974) crítico del monetarismo; el historiador de las doctrinas económicas; el ensayista que anticipa las consecuencias económicas negativas —contaminación, desigualdad, burocratismo—, de las naciones ricas.

Acerca de la vida y obra de Galbraith, la bibliografía es igualmente extensa, destacando una biografía canónica que narra su compleja

¹ Universidad Complutense de Madrid
antonionogueira@telefonica.net

trayectoria (Parker, 2005), así como varios estudios que sistematizan con diferente intensidad sus contribuciones a la ciencia económica (Dunn, 2011) (Stanfield, 2011). Se ha dicho que fue el “Sísifo de la socialdemocracia”: a diferencia de Keynes o Friedman, no propuso una doctrina que pusiera a trabajar a una generación entera de economistas (Bradford de Long, 2005). Se ha reconocido un *Galbraith-problem*: no era un académico de pupitre; la mayor parte de sus fuentes de información y conocimiento procedía de múltiples conversaciones: una forma de razonar en acción, en suma. Después, recurría a dicho reservorio mental para comunicar sus ideas bajo un estilo fluido. De ahí que ese patrón de trabajo explicase hasta cierto punto lo que otros consideraban lapsus académicos (Adams, 1984). Igualmente, se ha afirmado que tanto Schumpeter como Galbraith son las dos caras de la misma moneda a la hora de minusvalorar el papel del emprendedor (Audretsch, 2015). O bien, que la defensa galbraithiana de las compañías multinacionales debe considerarse una relevante contribución a la teoría de la firma (Dunn, 2005).

Galbraith merece interés por su investigación en torno al significado y alcance de la empresa moderna, como atestigua su trilogía *La sociedad opulenta* (1958), *El nuevo Estado industrial* (1967) y *La economía y el objetivo público* (1973). El primer título se ocupó del reparto de la producción total entre el sector público y el sector privado, donde observaba que los bienes públicos retrocedían frente a los bienes privados, cumpliendo el director de empresa en dicho proceso un factor relevante. En el segundo, señalaba que el imperativo tecnológico de la postguerra originaba el nacimiento de una burocracia empresarial —la tecnoestructura— con sus intereses al margen de los accionistas, y en estrecha colaboración con el Estado. En el tercero, explicitaba la agenda política que habría de ponerse en marcha en aras de la planificación. Una economía bimodal, en suma, donde, de una parte, permanecerían al margen del “Estado industrial” las tareas no estandarizadas y geográficamente dispersas; y de otra parte, el sistema planificador que no se ajusta a las condiciones del modelo neoclásico, dado que sus empresas no respondían pasivamente ni al mercado ni al Estado (Galbraith 1975, 53-54).

Tal vez la quintaesencia del pensamiento galbraithiano resida en su discurso de toma de posesión como presidente de la American

Economic Association, en diciembre de 1972. En aquella alocución, Galbraith se mostraba disconforme con los fallos de la economía keynesiana al solucionar los problemas económicos de la sociedad moderna. Para él, una de las debilidades del neoclasicismo residía en la elusión del poder como objeto de estudio de la economía. De este modo, la teoría neoclásica eliminaba cualquier relación con el mundo real. En una época en la que en los Estados Unidos dominaban no menos de dos mil grandes corporaciones empresariales cuya autoridad superaba al mercado comúnmente entendido, Galbraith delimitaba la posición que habría de ocupar la ciencia económica frente a otras disciplinas sociales:

Esto no significa que la economía se convierta ahora en una rama de la ciencia política. Ésa es una perspectiva que con justicia debe resultarnos repelente. La ciencia política es también un cautivo de sus estereotipos, incluyendo el del control del Estado por el ciudadano. Además, mientras que la economía rinde pleitesía al pensamiento, por lo menos en principio, la ciencia política reverencia normalmente al hombre que sólo sabe lo que se ha hecho antes. La economía no se convierte en una parte de la ciencia política. Pero la política sí debe convertirse en parte de la economía...

... Si el Estado es el comité ejecutivo de la gran corporación y del sistema de planeamiento, ello se debe en parte a que la economía neoclásica es su instrumento para neutralizar la sospecha de que así ocurre en efecto. He hablado de la emancipación del Estado del interés económico. Para el economista no puede haber dudas acerca de dónde comienza esta tarea. Comienza con la emancipación del pensamiento económico (Galbraith, 1973, 6-11).

Cosmopolita, con múltiples frentes intelectuales y políticos, mantuvo cierta atención por las cuestiones de España. Galbraith pertenecía a una generación de norteamericanos afín al bando republicano durante la Guerra Civil. Leon Henderson —economista de confianza de Roosevelt en el New Deal— quien le nombró jefe del control de precios—, era el presidente de la asociación “Amigos de la Democracia Española en Washington” (Gal-

braith 1982, 165). Al albur de la Guerra Fría, Galbraith no tuvo dificultad en amoldarse a la circunstancias. Conocedor de la Mallorca de Robert Graves en los sesenta, relacionándose en India con su colega el embajador franquista, él, al igual que otras personalidades de la época, se adaptó a situaciones variadas (Galbraith, 1973). Junto a Saul Bellow, Philip Roth, Barbara Probst Solomon y otros intelectuales norteamericanos, firmó un escrito de protesta al Gobierno español por las once condenas capitales dictadas a miembros de ETA y FRAP acusados de delitos de sangre en septiembre de 1975 (Powell 2011, 237).

Galbraith conocía la historia de España. La *Historia de la conquista de México* y la *Historia de la conquista del Perú*, de William Hickling Prescott, “son dos de los libros más interesantes que he leído jamás”. Acudió al Archivo de Indias de Sevilla en 1974, para filmar el capítulo sobre la idea colonial de su serie televisiva en la BBC “La era de la incertidumbre”. A su juicio, “el Imperio español fue una creación notable”, “una empresa rígidamente administrada o, al menos, pretendía serlo. Buena prueba de ello, y de la creencia en la suprema sabiduría del Estado, la tenemos en Sevilla” (Galbraith 1981, 105-109), localidad española que admiró, al igual que Kioto, Florencia y Samarcanda; ciudades “con una perspectiva estética mucho más amplia” (Galbraith [1967] 2007, 424). Si el imperativo tecnológico determinaba la planificación, significativamente Galbraith lo ejemplificaba con la Armada Invencible. Si Felipe II hubiera invadido Inglaterra en 1587, “no se preocupó demasiado por la circunstancia, aparentemente grave, de que España no tuviera una marina de guerra”. Esta posición hoy no se mantendría. “Aunque la España moderna es más rica de lo que habrían podido soñar siquiera sus monarcas en el momento de mayor expansión del Imperio, hoy no podría ni siquiera considerar por un instante una empresa de esas dimensiones. Durante la Segunda Guerra Mundial no hubo un solo avión de combate, que sirviera para algo serio que no hubiera estado ya proyectado en lo esencial antes de empezar las hostilidades” (Galbraith [1967] 2007, 21-22).

Por último, en su recorrido por la historia económica del siglo XX, apreciando la diferencia que va de la derrota a la victoria, respecto a las potencias perdedoras del Eje, hizo notar que “los italianos se han dado cuenta de que el arte no es simplemente algo de lo que

puede gozarse, sino que, industrialmente hablando, puede ser enormemente funcional”. Hacia 1994, cuando publicó estas palabras, el caso español era semejante. “Este papel funcional de las artes, junto con unos trabajadores locales llenos de ilusión y una creciente inmigración proveniente de África del Norte, han sido también importantes en el moderno renacimiento industrial de España”. En su opinión, la fábrica estaba destinada a ser “el final aceptado de los logros económicos, del proceso y del progreso económico”. Por el contrario, “el diseño y el entretenimiento serán de fundamental importancia”, pese a que dicho juicio atraiga poca atención o respeto. “Se piensa que la economía está relacionada con la producción y el trabajo reales. En esto, como en tantas otras cosas, la economía afirma rotundamente y quizá hasta con orgullo su propia obsolescencia” (Galbraith 1994, 187).

2. La recepción de Galbraith por los académicos españoles

La obra galbraithiana pronto encontró en España defensores y críticos de relevancia. Entre los primeros, se encontraba Fabián Estapé; y dentro de los segundos, Lucas Beltrán. El introductor fue Estapé. *Diez grandes economistas*, de Joseph Schumpeter; *Capitalismo americano*, del propio Galbraith; y *La estructura de la economía americana 1919-1939*, de Wassily Leontief, marcaron su vida intelectual (Berumen 2010, 195). Discípulo de Luis García de Valdeavellano, la perspectiva historicista de Galbraith habría de atraer a Estapé, del mismo modo que su exégesis sobre la morfología del capitalismo norteamericano. En 1949, publicó en *Moneda y Crédito* un estudio sobre la contribución del institucionalista Thorstein Veblen a la teoría económica, autor influyente en Galbraith. En el haber de Veblen, resaltaba el economista catalán su descubrimiento del hombre de negocios como impulsor de toda clase de monopolios, además de denunciar la repercusión negativa que la actividad financiera suscitaba a lo largo de los ciclos económicos. Por el contrario, las observaciones veblenianas eran inaplicables en España. Sin embargo, Estapé señalaba que “las posibilidades de éxito del movimiento reformista ordenador de la libre competencia o *tercer camino*, puede recibir un auxilio importante en forma de un mejor conocimiento de los hechos a través de los escritos

de Veblen” (Estapé 1949, 30-42). A partir de la siguiente década, como editor de los textos de economía de la editorial *Ariel*, difundió los principales títulos del profesor de Harvard. (Estapé 2009, 91-98). Para el entonces catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona, Galbraith era uno de esos economistas, al igual que John Maynard Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz*, con una experiencia gubernamental tan intensa, que “se ha sentido irresistiblemente inclinado a compartirla con el público en general” (Estapé 1971, 300).

Estapé fijó su posición en *Revista de Economía Política* con el libro de Galbraith que daba cuenta de su labor al frente del control de precios. En su opinión, la interpretación del de Ontario coincidía con las teorías de Edward H. Chamberlin y Joan Robinson que rebatían la interpretación clásica de la economía según las pautas de la competencia perfecta. Al contrario, considerando que “la industria moderna norteamericana se mueve en mercados monopolísticos o imperfectos en su mayoría”, las dificultades en el control gravitaban en mayor medida en torno a los mercados que se acercaban a la competencia perfecta; mientras que “los mercados industriales dominados por grandes empresas, donde los precios se forman bajo condiciones de oligopolio, son susceptibles de fácil vigilancia”. Galbraith, pues, deseaba el regreso “a una época en la que la regulación de precios se refiera únicamente a una guerra limitada entre los beneficios privados y el Gobierno”, ya que “en la tarea de controlar los precios la parte económica de la misma es mucho más sencilla que la administrativa y- ¿cómo no?- que la política”. Recomendaba “que los teóricos dediquen su atención a la formación de precios en mercados controlados” ya que las lecciones de las operaciones de control de precios y salarios en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial seguían siendo valiosas (Estapé 1952, 329-336).

En 1956, Estapé escribió la introducción a la edición española de *Capitalismo americano*, que cuatro años antes publicara Galbraith en su país de origen, donde explicitaba que las limitaciones al poder privado colusorio no aparecían entre los competidores, sino en el campo de los clientes y proveedores. Comparando la teoría del poder compensador con la idea de Montesquieu en *El espíritu de las leyes*, en el sentido de la aparición de un sistema de frenos y balanzas entre grupos sociales, evidenciaba

la aparición en España “de un buen número de obras, artículos técnicos y periodísticos, conferencias” que denunciaban que los mercados de productos básicos, así como el mercado financiero, “poseen una forma oligopolística, y a este hecho, siguiendo fielmente la tradición imperante, se le ha atribuido toda suerte de consecuencias, entre ellas las de constituir la principal explicación de las deficiencias y estrangulamientos que obstaculizan el desarrollo de la economía española” (Estapé 1956, 9-33).

Cuatro años después, se mostró más beligerante, tal como destacaba en su introducción de 1960 a *La sociedad opulenta*, que suponía “una advertencia contra la fe ciega en las ventajas del enriquecimiento económico”, pues la miseria y la opulencia conviven “en las naciones que, como España y todas las de Iberoamérica, están en una fase intermedia entre el atraso y el desarrollo económico”. La herencia intelectual de Smith, Ricardo y Malthus magnificaba la renta nacional, como advirtiera Pigou, sin desentrañar qué es lo que en realidad importa. “¿Vale lo mismo la producción de barras para los labios, la de historietas cómicas, la enseñanza en una escuela estatal o privada? ¿Todo ello ha de ser sumado como si se tratase de adiciones homogéneas al bienestar nacional?”. Las enseñanzas del libro resultaban útiles, pues aminoraba los errores de las naciones más adelantadas. Estapé sostenía que las conclusiones de Galbraith permitían ver el incumplimiento de la Ley Wagner de avance de las prestaciones sociales al hilo del desarrollo económico, pues “no se trata de que Estados, Provincias y Municipios gasten más, lo cual tampoco suele ser cierto, sino de que se comprenda la verdadera trascendencia de los servicios públicos y de las exigencias del enriquecimiento progresivo” (Estapé 1960a, 7-16).

La oposición a Galbraith se expresó por Lucas Beltrán en la revista *Moneda y Crédito*, de la que era director. Discípulo de Lionel Robbins en la London School of Economics en la década de 1920, formuló Beltrán su crítica a *Capitalismo americano* el año anterior a la edición española de 1956. Del profesor de Harvard destacaba que poseía “las tres cualidades fundamentales que distinguen al auténtico economista: dominio de la teoría económica, conocimiento de la realidad, y lógica y sentido de la proporción para aplicar aquella a ésta”, reconociendo que “algunas de las ideas expuestas en el libro son aplicables a otras eco-

nomías que tienen con la norteamericana puntos de semejanza, y muchas otras ideas pueden llegar a serles aplicables si, con el tiempo, los puntos de semejanza aumentan”. La obra suponía para Beltrán la racionalización de la idea de que los oligopolios —en contra del criterio clásico—, ofertan bienes y servicios a precios razonables, gracias al avance técnico y al poder compensador de compradores, vendedores y sindicatos organizados. No obstante, a Beltrán no le convencía la afirmación galbraithiana de que la superioridad tecnológica en la gran industria conducía al equilibrio. Para ello apelaba a Eucken, Röpke, Hayek y Stigler, quienes no concedían mayor ventaja a la gran fábrica por el hecho de serlo. Beltrán no se oponía a la concentración capitalista en la economía de Galbraith, pues —dado un ambiente general de competencia—, “ésta puede aplicarse a aquellos sectores de la actividad económica en que la concentración ha tenido lugar o lo tendrá en el futuro”. Lo que ocurre es que tal poder compensador realmente era fruto de una dialéctica entre los que empujan el monopolio frente a los organismos oficiales y la opinión pública que defienden la competencia perfecta. “Históricamente —decía—, el poder compensador ha necesitado para su nacimiento el entusiasmo por la competencia perfecta. ¿Podría existir en una sociedad que careciera de tal entusiasmo? ¿Es posible un marco psicológico-social que sirva de soporte suficiente a un sistema económico basado exclusivamente en el poder compensador? Nos parece sumamente dudoso”.

Beltrán hacía hincapié en que, más que un poder compensador *à la Galbraith*, lo que surgirá en adelante será la integración vertical de compradores y vendedores, en perjuicio del consumidor. “La idea de Galbraith de que es misión del Estado favorecer la formación de poder compensador siempre que haya aparecido poder originario tiene un grave defecto: presupone que el Estado o el Gobierno es un organismo coherente y separado de los intereses económicos privados, más o menos en pugna”.

A su juicio, el poder compensador no debía aplicarse a toda la economía, ni a la mayor parte de la misma. “Las industrias con poder compensador han de constituir islotes en un mar de competencia lo más perfecta posible”, recomendaba. “En aquellas industrias en que las ventajas técnicas de la producción en gran escala sean tan grandes que den lugar a empre-

sas gigantescas, en número tan reducido que la competencia sea imposible, resultará conveniente respetar u organizar el poder compensador”. Con todo, “en las demás industrias que hoy comprenden, en todos los países (incluso los Estados Unidos), la mayor parte de la vida económica debe implantarse un régimen de competencia tan próxima a la perfecta como sea posible. Este régimen constituye la única replica lógica y coherente a los argumentos socialistas. Y una condición necesaria de la civilización donde vivimos” (Beltrán 1955, 57-75).

Con el tiempo, *El nuevo Estado industrial* hubo de pasar ineludiblemente por el tamiz de la crítica especializada. *Arbor*, la revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), exponía que se trataba “de un libro de excepcional importancia, cuya influencia puede llegar a ser decisiva en los próximos años”. Para la publicación, el lector habría de encontrar, no un estudio económico con propuestas concretas, sino un tratado sociológico y ético que realzaba las incoherencias internas del sistema. Se trataba, por tanto, de “un ejercicio lúcido de autocritica de una sociedad industrial avanzada como la de Estados Unidos; pero no realizado desde una perspectiva filomarxista, como la de muchos intelectuales de izquierda del antiguo y del nuevo continente”. Al contrario, “Galbraith parte del hecho real de que el sistema industrial de la sociedad americana es particularmente eficaz para mantener y elevar un alto nivel de consumo de la población”. El libro resultaba “una crítica mucho más profunda y radical de las tesis de los economistas teóricos que lo fue en su tiempo la obra antes citada de su colega Keynes”. De todas formas, se aclaraba que no existía singularidad en los argumentos galbraithianos, pues “para los que se hallen familiarizados con el pensamiento social de la Iglesia Católica, la crítica que este libro representa, aun cuando se sitúa en una perspectiva diferente y con un análisis más sociológico y económico no viene a significar algo verdaderamente original” (Guerrero 1968, 97-105).

El secretario general del Banco Exterior de España Luis Olariaga terció también frente a Galbraith. En el pleno de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en 1968, el catedrático de Economía Política calificaría *El nuevo Estado industrial* de “verdadero desafío a Europa”. Galbraith no era la más sólida autoridad, “pero sí la más audaz, la más atractiva y

la más heterodoxa”. Olariaga indicaba la reacción adversa de *The Spectator*, *The Economist* y *The Times* tras la primicia que dio Galbraith a los oyentes de la BBC. Tales medios “reaccionaron inquietos frente a una amenaza muy seria que venía a glorificar frente a Europa la tendencia mecanizadora de América”. Pero no había que preocuparse. “Norteamérica no es Europa. Su población, formada principalmente de razas de color y emigrados europeos parvos de cultura y maltratados por las necesidades materiales, que hallaron en las tierras nuevas de América facilidades para el delirio de grandezas en pesos o dólares y crearon una filosofía pragmática y hasta una religión de la opulencia, del lujo y del derroche, se presta más dócilmente a la producción uniforme y a la sumisión del consumo a la publicidad”. Por ello, en la Europa ilustrada, “llena de tradiciones y de caprichos, es más complicado arrebatarse el mando a los consumidores. Por otra parte, en Estados Unidos, con sus grandes recursos naturales, tiene más atractivo el programa de enriquecerse a toda costa, aceptando disciplinas y trabajos y toda clase de renunciamentos individuales”. Empero, “puede hacer mucho daño y traer más confusión a esta turbia ideología novelera y tecnicista que está invadiendo Europa y que hace tabla rasa de todas las creencias y de todos los principios de conducta que eran el fondo moral de su cultura, con el terrible señuelo decadente y vicioso de que la tecnología es el camino para llegar a vivir bien sin trabajar” (Olariaga 1968, 61-75).

En definitiva, el economista alavés consideró *El nuevo Estado industrial* como una defensa del modo de vida americano, la cual amenazaba al Viejo Continente. No entraba al fondo del debate: la propuesta galbraithiana de bifurcación de la economía occidental; a un lado, el mercado según la escuela neoclásica; al otro, el sistema de planificación de la gran empresa al margen de los postulados tradicionales, que ya se vislumbraba en el mismo país en que planteaba su crítica.

3. Galbraith en la España del desarrollo

La liberalización económica que trajo el Plan de Estabilización de julio de 1959, aparte del conjunto de medidas que modificaron positivamente el rumbo de la economía española, planteó asimismo ciertos interrogantes acerca de cuál habría de ser el modelo de director de

empresa tras el fin de la autarquía. El “modelo castizo” de economía, vigente en el país durante décadas, resultaba incompatible con la incorporación a una Europa inmersa en un proceso de elevado crecimiento económico. Antes del Plan, y en años posteriores, se discutió el papel del empresario español ante el nuevo capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial. Para el ministro Pedro Gual Villalbí (1961), los vicios y defectos de la empresa privada no podían solventarse solo con la acción del gobierno, sino también a través de “la ética profesional y las ventajas de la moderación en las ganancias”. Según Román Perpiñá Grau (1963), era preciso “limpiar la mesa del hombre de negocios”, *para encarar* el porvenir “con una perspectiva mucho más amplia”, interesándose por los retos de la macroeconomía, la cultura, las ciencias y la filosofía. A juicio de Manuel de Torres (1955), el empresario era un “*profeta económico*” insuficiente, dado que en cuestiones de política económica, “los hombres prácticos no nos pueden enseñar nada a los teóricos; a lo sumo podrían enseñarnos aquellas cosas que nosotros jamás queremos aprender”. Y para Enrique Fuentes Quintana (1957), apelando a Schumpeter, era adecuado crear un mercado de empresarios, pues “el éxito en la vida empresarial apenas asegura las habitaciones privilegiadas durante más de dos generaciones”.

Además de las contribuciones españolas, hubo que prestar necesariamente atención a otras interpretaciones foráneas acerca de la función directiva. La teoría de la tecnoestructura del profesor de Harvard John Kenneth Galbraith era una de ellas. La presencia del economista de Ontario, por medio de las sucesivas ediciones de sus títulos, aparte de los encuentros que mantuvo con autoridades y directores de empresa en Madrid y Barcelona, resultó habitual en España a partir de entonces.

El principal difusor del pensamiento galbraithiano fue *Información Comercial Española* (ICE), la revista del Servicio de Estudios del Ministerio de Comercio, dirigido por Fuentes Quintana. Especialmente, tres fueron las épocas de más interés. La primera, con ocasión de la versión española de *La sociedad opulenta*, en 1960. La segunda, a causa de las Conferencias Reith que dictó Galbraith para la BBC anticipando los contenidos de *El nuevo Estado industrial*, en 1966. Y la tercera, en 1969, el año en el cual Galbraith visitó España invitado por la Asociación para el Progreso de la Direc-

ción (APD), en plena eclosión de críticas a la obra por la que quiso ser recordado.

ICE dedicó un amplio espacio en su número de marzo de 1960 a glosar *La sociedad opulenta*, best-seller en Estados Unidos, que acababa de aparecer aquel año en la editorial *Ariel*. Reconociendo que los problemas económicos en una sociedad rica quedaban aún lejos de las necesidades de los españoles del momento, el editorial de la revista ponderaba que “el desarrollo económico no puede posponerse a ningún objetivo en nuestra hora”, teniendo la obligación “de estudiar las cuestiones que habrán de irse planteando en un futuro para asimilarlas con personalidad propia, dentro de nuestros moldes culturales”. Tras un resumen del libro, se recabó la opinión de Fabián Estapé, Agustín Cotorruelo y Álvaro Alonso-Castrillo. Estapé (1960b) aplaudía que Galbraith no olvidaba nunca “que la política económica es un aspecto de la política *tout court*”. El economista catalán inscribía al estadounidense en la tradición de Veblen, Clark y Schumpeter, sosteniendo que dicha obra representaba “un alegato impresionante con respecto al gran problema de nuestro tiempo, que no es otro que el del empleo óptimo de los recursos en el sistema capitalista”. Según Cotorruelo (1960) —director de la OCYPE— se trataba de un texto “aleccionador”, pues “el autor se enfrenta con la realidad económica que le rodea dentro de su marco social completo”, al igual que “peligroso”, dado que “algunos de los enemigos tradicionales del famoso “Way of Life” traten de obtener consecuencias precipitadas y no menos erróneas, intentando aplicar las críticas de *La sociedad opulenta* a las formas de vida menos opulentas de sus respectivos países”. Alonso-Castrillo (1960), letrado del Consejo de Estado y alumno de Galbraith en Harvard, señalaba que éste mostraba al lector el triunfo de Estados Unidos como “país-campo”: una superficie donde la distancia, gracias a los colonos alemanes y nórdicos del Medio Oeste, fue dominada. “De ahí el gran mérito de Galbraith, que ha abierto a la Economía un nuevo campo, el de la abundancia. ¿Hasta qué punto son sus ideas útiles para un europeo? Desde nuestra modesta España, puede pensarse que una Economía de la Opulencia es una entelequia; nos queda tanto camino por recorrer en la inacabable carretera de la estrechez... Hay, sin embargo, verdades que conviene no olvidar y tener muy en cuenta: todo lo que se haga en Europa por crear un amplio espacio geográfico

nos acercará a un nuevo concepto de lo económico. Si Europa consigue federarse, habrá arrojado por la borda ese lastre sobrante de nuestra historia: el estrecho nacionalismo que nos condenó durante siglos a la economía de la escasez”.

En 1966, como señalamos, fue otro momento en que ICE dio cuenta del pensamiento galbraithiano coincidiendo, según indicamos, con las conferencias (*The Reith Lectures*) dirigidas a los radioyentes de habla inglesa sobre el contenido de *El nuevo Estado industrial*. El editorial hacía notar que, según el autor, “la planificación no nace, como podía pensarse, del intervencionismo impertinente del Estado” sino “de lo que constituye la propia esencia del capitalismo americano: la gran empresa” por mor de “la técnica de la producción y de la distribución moderna que exigen, inevitablemente, unidades económicas cada vez mayores”. La revista transcribía al completo las seis conferencias: “El Nuevo Estado Industrial”; “La empresa moderna”; “El control de los precios y el público”; “El papel del Estado”; “Situación actual del desarrollo socialista”; y “El impacto cultural”. En esta última, advertía Galbraith que “sería hábil y acertado para un vocero en favor del sistema industrial alegar que la libertad exige un Estado débil, dejando aparte las áreas de la necesidad industrial, y que el intelectual no debe preocuparse nunca de asuntos prácticos o políticos”. Sin embargo, si esa tesis triunfa, asegurará también “que el sistema industrial continuará ejerciendo el monopolio del fin social. Y yo soy uno de los que esperan que no ocurra eso” (Galbraith 1966a, 139-173).

Tres años después, las expectativas en torno a *El nuevo Estado industrial* generaron una profunda discusión. En mayo de 1969, ICE recogió un bloque de críticas de economistas que examinaban el “sistema galbraithiano”. Eran James Meade y Robin Marris, de la Universidad de Cambridge, y Scott Gordon, de la Universidad de Chicago. En concreto, Marris (1960) reconocía la acusación de Galbraith contra la belleza matemática del modelo neoclásico, aunque estimaba un error tratar a la tecnoestructura como una elite unificada; siendo imposible “realizar predicciones cualitativas firmes” de las propuestas galbraithianas. Gordon (1960) denunciaba que la tesis del economista de Ontario era aceptable si se consideraba una empresa cada vez. “Puede ser plausible decir que no hay mercado, como lo entienden

los economistas, para los automóviles o para el acero, ¿pero qué sucede en el caso del acero de los automóviles donde dos “tecnestructuras” se enfrentan una a otra?” No basta, indicaba Gordon, con decir que, en dicha situación, las empresas fijan contratos entre ellas, sin determinar los términos a los que llegan, como hacía Galbraith. “La tesis de ‘poder compensador’ de *American Capitalism* se podría invocar aquí, pero Galbraith no la emplea en el análisis de *The New Industrial State*, y ninguna otra cosa introduce que pudiera jugar un papel explicativo similar. Nos quedamos con una microeconomía *sin* Walras: un análisis particular de equilibrio (o un equilibrio particular) en que el equilibrio no tiene sentido”.

Simultáneamente, se sucedieron las visitas del profesor de Harvard a España. La primera de carácter oficial fue en octubre de 1965, durante la conferencia que pronunció en la III Lonja Textil de España, en Barcelona, con asistencia de las autoridades civiles y militares. Anunciado el evento días antes por la prensa local, el marqués de Castell-Florite, presidente de la Diputación Provincial, presentó a Galbraith como un economista contrario a “los ‘teorizantes de cartón’ y con lo que él llama la ‘sabiduría convencional’ de los economistas que montan sus propias ideas preconcebidas para fundamentar una profesión cómoda o ‘de ficha’ delante de los problemas concretos, casi siempre incómodos y acuciantes del mundo actual”. En aquel acto, el entonces consejero del presidente Johnson argumentó que, pese a la distancia entre las naciones ricas y las naciones pobres, las primeras habían escapado de los peores efectos de la postguerra mundial gracias a la revolución keynesiana. No obstante, las ideas de Keynes no lo explicaban todo, recordando que éste apenas tuvo influencia en Alemania, Francia y otros países de Europa. “El ingrediente adicional fue la creciente y extraordinariamente beneficiosa influencia de las aspiraciones populares sobre la política económica”. Para el autor la llave del desarrollo conforma un modelo de sociedad. “A medida que la renta se eleva, las presiones populares se hacen cada vez más suaves. No son rapaces ni incontrolables. Constituyen más bien un estímulo indispensable del progreso económico. Quienes las tenían no estaban mal informados. Se trataba más bien de que estaban demasiado bien informados sobre el pasado y de una forma no suficientemente inteligente sobre el futuro” (Galbraith 1966b).

Para hablar específicamente de la tecnestructura, acudiría Galbraith de nuevo a España en abril de 1969 de la mano de la APD, como vimos. “*La tecnestructura escucha al tecnestructurador*” titulaba ICE su número de mayo, publicando íntegra su conferencia. “El verdadero genio de la industria moderna — señaló —, consiste en emplear hombres normales que posean unos conocimientos muy especializados, combinándolos con otros hombres no menos corrientes, pero igualmente especializados, a fin de conseguir un resultado muy superior, mucho más previsible del que podría obtenerse de una sola persona”. La producción especializada con tecnología precisa, la planificación adelantada, así como la persuasión masiva del consumidor, fueron cuestiones que asimismo Galbraith destacó en su intervención, reconociendo que sobre la persuasión, “no siendo perfecta, pero sí sutil”, “poco podemos añadir que no haya sido dicho por su gran Ortega y Gasset, en su conocido libro *La rebelión de las masas*”. Lo más destacado del encuentro madrileño tal vez consistiera en que el economista de Ontario respondió públicamente a las críticas a El nuevo Estado industrial a cargo de los profesores Marris, Meade y Solow, de las cuales se hiciera eco ICE. En relación a Marris y Meade, agradecía sendas reconversiones en cuanto a la terminología empleada. Respecto a Solow, del MIT, quien le acusaba de ocuparse únicamente de empresas al estilo de General Motors, DuPont y General Electric, Galbraith se mostraba en desacuerdo:

El insistir en que hay que probar las cosas contra toda suposición razonable, significa, a mi modo de ver, proteger muchos errores. Las pequeñas cuestiones demostrables se deciden dentro del marco de las grandes suposiciones; en mi sistema, se trata ni más ni menos, que de poner en tela de juicio la soberanía del consumidor y las consecuencias que de este hecho se derivan. Si nos ceñimos a las pequeñas cuestiones, *siguiendo el consejo del Sr. Solow*, nunca podremos analizar o tener en cuenta las grandes suposiciones o hipótesis. (Galbraith 1969, 40).

En la España del desarrollo, acaso no dejaba de tener alguna importancia revelar la

crítica marxista a la obra del economista norteamericano:

Por último, también me critican las izquierdas. Dicen que mis argumentos no tocan la cuestión del poder de los capitalistas y que, por lo tanto, me aparto de la única solución posible consistente en la eliminación del control capitalista, mediante la propiedad social del sistema industrial. *Esta reacción ha provenido de críticos tan diferentes como Izvestia y New Left.* Me doy cuenta de que ese argumento no producirá demasiado entusiasmo entre el público que hoy me escucha. Sin embargo no tengo más remedio que hacer frente a esta crítica. El capitalista no es importante de por sí; lo es por su poder. Si ese poder ha sido traspasado a la organización, a la burocracia, son éstas las que hoy día nos interesan. La nacionalización de la industria, la socialización, aunque pueden ser una solución en lo relativo al poder capitalista, no lo son en cuanto al poder de la burocracia. Solo sirven para sustituir la burocracia privada por la estatal. La diferencia entre una y otra es cuestión de gustos (Galbraith 1969, 41).

Tres años después, la última intervención de Galbraith en esa época, se organizó en un acto celebrado en el Eurobuilding de Madrid, moderado por el abogado Antonio Garrigues Walker, que contó con la presencia de 500 directores de empresa en noviembre de 1972. El panel de intervinientes lo completaban José María Aguirre Gonzalo, presidente del Banco Español de Crédito; Manuel Fraga, ex ministro de Información y Turismo; y Juan Miguel Villar Mir, presidente de Altos Hornos de Vizcaya. Galbraith mostró una percepción sombría acerca de los acontecimientos políticos, económicos, y sociales del momento, que reflejaría en *La economía y el objetivo público*. “Si el Estado —destacó— hace resistencia a las necesidades tecnocráticas y responde en cambio a las públicas, siendo éstas diferentes de las primeras, conseguirá promover efectivamente el bienestar público. En los Estados Unidos, un nuevo enfoque de los gastos militares resulta especialmente indicado. En el pasado, se suponía que servían al interés público. No es posible mantener por más tiempo una

imaginación tan exagerada”. Aguirre Gonzalo dijo que la interpretación galbraithiana no era aplicable a España. “Lo importante es saber cuándo la organización influye en el aumento de la productividad. Hay que defender a la empresa mediana. En España las grandes empresas no dominan la administración. Diría que el Estado ayuda más a las pequeñas”. A juicio de Fraga, el problema clave de España era la política de concentración de empresas. Destacaba que la importancia de las grandes sociedades en nuestro país era aún reducida: solo trece sociedades anónimas superaban entonces los 10.000 millones de pesetas anuales en ventas. “Celebro que Galbraith haya sido contundente en lo del poder de la tecnoestructura. Debe haber grandes empresas, pero con un adecuado control social dentro de un contexto social adecuado. Ello supone eficiencia, progreso técnico e intervención. El poder de las empresas tiene dos frenos: el del Estado (que tiene a aumentar), el de los Sindicatos (que tiene a declinar) y el peso de la opinión pública”. Villar Mir, por último, rechazaba la economía bimodal. “Galbraith dice que el consumidor está sojuzgado. ¿Quién mueve al consumidor? No solo la gran empresa, también la sociedad, los políticos, los intelectuales, las personalidades destacadas. No hay suficiente separación entre el “planning system” y el “market system”. La dominación de un individuo (o varios) también es característica de la gran empresa y, por otra parte, un individuo sin organización no es propiamente una empresa. No es cierto que la gran empresa controle los precios. Generalmente tiene mejores salarios, mejor seguridad social, y los porcentajes de beneficios son mejores que en la pequeña empresa. El traslado de los precios a los consumidores no es culpa de la gran empresa, es una mera cuestión de decisión política” (Carrión 1972, 42-45).

El pensamiento galbraithiano, como puede observarse, gozó de resonancia en la era desarrollista. Entre las autoridades del Régimen de Franco, la tesis de la tecnoestructura también fue destacada. Según el ministro comisario del Plan de Desarrollo, Laureano López Rodó (1971), la enseñanza, el urbanismo y la sanidad no debían regirse por las leyes del mercado, “pues la elección de los consumidores puede no manifestarse con suficiente vigor en la demanda de pueblos y ciudades salubres, escuelas gratuitas o paisajes pintorescos”, de modo que, “como ha señalado Galbraith en su conocida obra *La sociedad opulenta*, incluso

el bienestar individuales vería lesionado por la degradación de las condiciones de vida colectiva que se produciría si no estuvieran debidamente atendidos algunos servicios públicos, especialmente los servicios urbanos”. Al albur de los cambios sociales y económicos, para Mariano Navarro Rubio (1969), exministro de Hacienda y gobernador del Banco de España, ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, acuñó el término de “empresarismo”, el cual, “entendido al modo cristiano, no se queda en la tecnoestructura” sino que recogía “todo lo bueno que tiene el capitalismo; aclarar, positivamente, todo lo dudoso; y tratar, por todos los medios, de que no pervivan las inercias y convencionalismos injustificados”. En cualquier caso, dentro de los políticos franquistas, fue el escritor y diplomático Gonzalo Fernández de la Mora, quien en su obra *El crepúsculo de las ideologías* (1965) planteaba integralmente que “el sentido crítico, el espíritu de especialización y los conocimientos”, adheridos a la sociedad industrial por el desarrollo técnico y económico, conducían a un clima “amenazadoramente hostil a la proliferación de las ideologías”. Fernández de la Mora hizo suya la tesis galbraithiana de sistemas afines. “De un lado, asistimos al fin del “laissez faire” y, del otro, a la crisis del estatismo total”. Calificando *El nuevo Estado industrial* como un texto “lúcido e innovador”, para el ministro de Obras Públicas representaba “el testimonio más empírico de la convergencia que se está produciendo entre el socialismo y el capitalismo”. Fernández de la Mora matizaba que la convergencia no era simétrica: el desplazamiento del capitalismo al socialismo era más profundo que al contrario. “La tesis de la tecnoestructura está suscitando, por lo menos, tantas excomuniones como la del crepúsculo de las ideologías”, sostenía. Y advertía que los días de los intelectuales sujetos a “férreos manuales” estaban contados. “Se seguirá invocando a Stuart Mill o a Marx, pero pronto la Historia estará en otra parte. Esforzadamente hemos de sustituir las viejas ideologías parciales, patéticas, retóricas y falaces por un ideario cabal, racional, eficaz y verdadero” (Fernández de la Mora, 1974).

Aparte del Gobierno, figuras del *establishment* político y empresarial perfilaron su criterio acerca de la tecnoestructura. Quien posiblemente mejor recogió las opiniones del momento sobre esta cuestión, fue el filósofo Salvador Paniker. Ingeniero de profesión, co-

noció a Galbraith en Cambridge, en 1966. Del economista norteamericano consideraba que era un pensador no marxista que creía que “la imaginación y la iniciativa se avivan cuando uno tiene responsabilidades públicas” siendo “un perfecto ejemplo de ese trasvase de ida y vuelta entre Universidad y Política, o entre Universidad y Empresa, que en Norteamérica funciona con tanta espontaneidad” (Paniker 1988, 210-211).

Paniker publicó a mitad de esa década un par de libros representativos del panorama político, económico, científico e intelectual del país: *Conversaciones en Cataluña* (1966) y *Conversaciones en Madrid* (1969). Ambos gozaron del favor de los lectores, así como del interés de *Le Monde*, *Corriere della Sera*, y *The New York Times*. En sendos títulos, al modo del *cinema verité* en boga, el editor barcelonés entrevistaba a figuras de la cultura como Josep Pla, Ana María Matute, Camilo José Cela y Salvador Dalí; arquitectos como Sainz de Oiza, y psiquiatras como López Ibor y Rof Carballo, entre otras personalidades. Dentro de los políticos, Paniker entrevistó a Ullastres, López Rodó y Fraga, ministros de Franco, a la par que a Enrique Tierno Galván, Joaquín Ruiz-Giménez y Manuel Jiménez de Parga, representantes de la oposición tolerada al Régimen.

Para Jiménez de Parga, la visión tecnocrática de Fernández de la Mora tenía fines poco claros. “Es la tendencia de los que se presentaron al Jefe del Estado para decirle que en España no hay problema político, sino problema económico, administrativo y técnico, y que por lo tanto hay que llamar a los hombres que entienden de esto”. El catedrático de Derecho Político en la Universidad de Barcelona delimitaba las proposiciones galbraithianas. “En las sociedades opulentas la lucha política se plantea en otros términos. Los políticos norteamericanos han de decidir sobre la política a seguir en el Vietnam. Estas decisiones, ¿las puede tomar un técnico?”. Jiménez de Parga apreciaba que, pese a la atonía política generalizada, “un norteamericano opulento no se lanzará a las barricadas para conquistar un status socioeconómico que ya tiene; pero defenderá la conservación de dicho status. Ha pasado de una ideología de reivindicación a una ideología de conservación” (Paniker 1966, 55-60).

Por su parte, a la pregunta del autor sobre la aproximación entre capitalismo y socialismo, Ruiz-Giménez, fundador de *Cuadernos para*

el Dialogo, afirmaba que, ante la afirmación de que el afán de lucro es esencial al hombre, decía que “ni el propio Marx dijo jamás una cosa tan terriblemente materialista como ésta”, aseverando que “el propio Galbraith, en su libro sobre el Estado Industrial, ya dice que la motivación básica, en una sociedad tecnificada, no es el lucro, sino la identificación con el trabajo que se hace”. El presidente de Pax Romana se mostraba convencido de la superior igualdad de oportunidades en los países socialistas, y reconocía que no existían males absolutos, pues la técnica —al servicio de un ideal—, junto a la ideología, “son como la mano y el cerebro”. De modo que sin la técnica, la igualdad resulta una utopía. “Todo el socialismo romántico del siglo XIX aspiraba a una igualdad imposible, porque los bienes que producía la tierra no eran suficientes para alimentar a los hombres” (Paniker 1969, 331-346).

Las entrevistas de Paniker incorporaron la opinión de Ramón Tamames y Luis Ángel Rojo, catedráticos de Estructura Económica y Teoría Económica respectivamente. Tamames, crítico con el Plan de Desarrollo, advertía que la economía bimodal era un hecho estadounidense, y que habría de imponerse al resto de naciones desarrolladas. Analizando las tendencias globales, establecía que “incluso en Norteamérica, la planificación y el aprovechamiento de recursos naturales se está haciendo ya. El último libro de Galbraith es muy expresivo. Se acabó la economía de mercado: hay una planificación desde dentro y una creación de tecnología desde dentro”. Si la producción de Estados Unidos se basaba entonces en 500 empresas que encarnaban el 60 por ciento del PIB, la solución en el caso español debía ser proporcional. “En un país de las dimensiones de España sólo se puede hacer lo equivalente a base de que haya una sola empresa en cada sector. O dos o tres. Y si tienes que estar en manos, no de quinientas empresas sino de ocho o diez, es lógico que todo caiga en manos de una autoridad general. De lo contrario, sería el feudo y la oligarquía financiera, no de quinientos, sino de diez”. Tamames se mostraba en líneas generales de acuerdo con la teoría galbraithiana de la convergencia de sistemas, apuntando a que el desarrollo económico generaría un aumento de expectativas sociales difíciles de cumplir. (Paniker 1969, 231-244).

Por su parte, Rojo aclaraba al comienzo que, aunque para muchos resultara irritante, “el hecho es que este país se ha industrializado,

básicamente, entre 1939 y 1959. Lo que suele llamarse el despegue de la industrialización se ha producido en España, después de la guerra civil, no antes”. A juicio del padre intelectual de la devaluación de la peseta en 1967, el Plan de Estabilización era un pacto entre los deseos de industrialización y las exigencias de ésta, por lo cual “ha tenido lugar un saneamiento de nuestro capitalismo pequeño, capitalismo raquítico, capitalismo de pequeño empresario de clase media”, sin lograr todavía un desarrollo institucional “que esté de acuerdo con las exigencias modernas de la tecnología”. Contrario a la inflación perenne, “adormidera de los conflictos sociales”, Rojo se mostraba disconforme con el “neocapitalismo”, cuya posición extrema apostaba, a su entender, por el crecimiento continuo de la producción, creyendo que la expansión tecnológica difuminará todos los peligros. Rojo detectaba los errores de la otra orilla. Frente al nuevo capitalismo, “está la idea, muy frecuente entre los estudiantes, de que el futuro del socialismo se encuentra en los computadores, entendiendo que de esta forma se va a resolver el problema de la planificación central. Por ahí habría un paralelo posible entre dos exageraciones de capitalismo y socialismo. Que es la vieja utopía victoriana de que todos los problemas sociales, políticos y económicos, son reducibles a tratamiento” (Paniker, 1969, 159-174).

La obra discurría dejando constancia de los puntos de vista de directores de empresa de prestigio en dicho periodo. Pedro Duran Farell, presidente de Catalana de Gas, que no reparaba en negociar con las ilegales Comisiones Obreras, pensaba que el empresariado español era por azar “el instrumento político más eficaz de la nación”, dado que “solo en las industrias cabe el ensayo social y democrático sin peligro”. Para el director del IESE Antonio Valero, recordando a Galbraith, “la genialidad —en las empresas—, abunda poco; un país hay que montarlo sobre la base media de sus hombres inteligentes”. Y Antonio Barrera de Irimo, presidente de Telefónica, percibía una simbiosis entre el sector público y las grandes empresas, y entendía que tal proceso desterraba cualquier proteccionismo, viéndose la gran empresa obligada a transitar con identidad de acción junto al poder político. “Las grandes operaciones financieras, la fijación de precios, los grandes comportamientos a todos los niveles, los créditos, no pueden consentirse si no se adecuan al bien público general. De manera

que yo entiendo que en los próximos años tendremos que superar el dilema de la estatización frente a la privatización, y encontrar algo que garantice el mantenimiento en tensión de todo ese entramado, apuntando hacia los objetivos superiores” (Paniker 1966 y 1969).

En suma, la tarea del ingeniero barcelonés —un examen sobre la posición económica y empresarial española a cargo de los principales expertos—, fue plausible. Galbraith fue invitado en 1971 para debatir en París sobre la “crisis de las sociedades industriales”, junto a Pierre Mendes-France, Michel Rocard, Oliver Todd, André Gorz, Michel Albert y Roger Garaudy. Frente a la plana mayor de la izquierda francesa, apareció como un defensor de las multinacionales. “Es verdad —dijo— que franceses y británicos esperan siempre que las cosas no les pasen a ellos como a los Estados Unidos. ¡Qué ilusión! Llámese U.S. Steel, con la marca nacional americana bien a la vista o International Nickel, los desarrollos son los mismos. Las grandes firmas destruyen la heterogeneidad de los nacionalismos” (Galbraith et al. 1972, 62). No es posible que, en esa hora de España, tal debate, se hubiera producido en similares circunstancias. Sin embargo, las iniciativas aquí destacadas manifestaban un nuevo pulso en la opinión del país económico y empresarial en el camino de la dictadura a la democracia.

5. Un debate en la transición democrática: Friedman contra Galbraith

Las ideas de Galbraith —conocidas por la elite académica, política y empresarial—, aparte de las ediciones de sus libros en España, se popularizaron a través de los modernos medios de comunicación, a raíz del paso del franquismo a la monarquía constitucional. El modelo galbraithiano se hizo un hueco entre los ejecutivos. Además de APD, revistas como *Alta Dirección* recogían en 1968 su interpretación de que el poder había pasado del capital al talento. “Del mismo modo —afirmaba— que la escasez de capital en la era victoriana llevaba a la austeridad y al ahorro, la escasez de talento y preparación lleva a sobrevalorar la educación” (Galbraith 1968, 15-22).

El periodo de crecimiento económico prolongado dio paso a la mejora del nivel de vida, y a la aparición de nuevas motivaciones entre quienes lideraban las grandes firmas, colaborando las escuelas de negocios en ese sentido.

Según Fermín de la Sierra (1981), fundador de la Escuela de Organización Industrial, en los años sesenta el ejecutivo era un “adaptador” de la empresa a la tendencia en ascenso de crecimiento económico y bienestar general, “tratando de anticiparse a conocer acontecimientos que, con una mayor o menor probabilidad objetiva, ocurrirían”. “Si intentamos diseñar una imagen del Director de los años sesenta no sería exagerado admitir que se acercaba mucho a la de un ‘tecnócrata’ lo cual está bastante en línea con el concepto de ‘tecnestructura’ de Galbraith y con el concepto de ‘termostato humano’ de Odiorno”.

En el aspecto político, la presencia de Galbraith se destacó gracias al foco de la televisión pública española. Junto a Luis Ángel Rojo, Alberto Ullastres, Santiago Roldán y otros invitados internacionales, participó en el coloquio *La Clave*, que abordaba en 1978 la estanflación mundial. “Desde Estados Unidos, estamos impresionados por la forma en que España hace frente a su nueva situación, por la madurez de los sindicatos y de partidos como el socialista o el comunista”, señaló.² Por entonces, la colaboración del autor en medios no especializados aumentó. En *Revista de Occidente*, como muestra, apuntaba en 1977 que la competitividad de la industria petrolífera, a diferencia de otros sectores, se apreciaba en “su planificación y en sus operaciones, e incluye una capacidad admirable de ajustarse a todos los modales de los políticos y a todas las situaciones políticas con habilidad y sin indignación”. En 1981, tras el fallido golpe de Estado en febrero, volvería a Madrid para ser entrevistado por Soler Serrano en televisión, y habló de nuevo ante la APD, donde departió sobre el ciclo empresarial: “Siempre damos por sentado que los seres humanos estamos sometidos a este proceso vital, es decir, que hay una juventud, una madurez, una sabiduría de la tercera edad, la senectud y la muerte. Nadie resiste a este ciclo inevitable de la vida: Franco, Adenauer, Hoover murieron y se descubrió que Dios no les había dado la inmortalidad y que estaban sometidos a este ciclo vital. En contraste y en contradicción con este principio, pensamos que la empresa no tiene un ciclo vital y que sigue y seguirá para siempre. ¿Por qué no hemos de admitir que también se da un ciclo vital en la empresa?” (Galbraith, 1981).

² La Clave - Crisis del dinero, RTVE.es <http://www.rtve.es/alacarta/videos/la-clave/clave-crisis-del-dinero/3616024/>

Lo cierto es que, pese a su popularidad, el autor vaticinaba simultáneamente un futuro gris para sus ideas. El fracaso de las recetas keynesianas para frenar el estancamiento a partir de 1973, así como el desembarco del monetarismo en los centros decisorios de la política económica, condicionarían su influencia. Galbraith lo llamó “el asalto conservador”. “La voz de la opulencia económica, siendo más fuerte, se escucha equivocadamente como la voz de las masas”, declaraba. La llegada de la administración Reagan a la Casa Blanca supondría un varapalo económico. El monetarismo tendría consecuencias adversas. “Al actuar contra la inflación mediante una reducción del gasto de inversión, la política monetaria tiene un efecto adverso poderoso sobre la productividad” (Galbraith 1981b, 373-386).

En aquel momento, el debate fue establecido por el Instituto de Economía de Mercado (IEM) que dirigía Pedro Schwartz, catedrático de Historia de las Doctrinas Económicas en la Universidad Complutense. El IEM había dado a conocer *Seis lecciones sobre el capitalismo*, de Ludwig von Mises; *Paro e inflación*, de Milton Friedman; y *La desnacionalización del dinero*, de Friedrich Hayek, entre otros títulos. En 1982 publicó *Friedman contra Galbraith*, la versión española de la monografía que publicó el Institute of Economics Affairs (IEE) en 1977. La edición del IEM contaba con una introducción de Schwartz, un artículo de Galbraith para dicha versión, y un epílogo a cargo de Manuel Jesús González, catedrático en la Universidad Autónoma de Madrid. El director del IEM señalaba que el propósito era presentar al público un breve documento que reflejase las ideas de los dos prestigiosos economistas americanos, cada uno de los cuales “tiene sus teorías y sus propios seguidores, ambos venden gran número de ejemplares de sus libros y su mensaje llega con gran claridad al público”. Se trataba, en definitiva, de ofrecer “un combate entre dos campeones: el lector juzgará quien vence, aunque sólo sea por puntos”. Anteriormente, el profesor Schwartz había expresado su parecer acerca de la validez de la tecnoestructura. “En España es más poderosa la “tecnoestructura” de las grandes empresas que en los EE.UU. En nuestro país son pocas las empresas cuyas acciones se cotizan en Bolsa y el mercado de esos títulos es además estrecho y poco activo, a pesar de un crecimiento notabilísimo de nuestra Bolsa de valores durante los años que precedieron a la presente crisis inflacionista”. “Como ya he dicho, si la capitaliza-

ción de la empresa, es decir, el valor total de sus acciones al precio corriente de la Bolsa, cae por debajo del valor de realización de los activos de la compañía, aparece algún capitalista con una “oferta pública de compra”. Si tiene éxito, los gerentes que explotaban a sus accionistas se verán pronto en la calle” (Schwartz 1981).

En su colaboración, se hacía eco Galbraith del “importante giro a la derecha que puede observarse por todas partes”. Para el profesor de Harvard uno de los dos grandes profetas de la “revuelta conservadora” era sin duda Milton Friedman, “el prestigioso intelectual que le proporciona su fuerza moral”, seguido de Arthur Laffer y William Simons, bajo el amparo de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. Según Galbraith, la revuelta conservadora se basaba en que “los grupos más ricos y valiosos de la sociedad están siendo terriblemente vupuleados por los grupos más pobres; por tanto, un sentido elemental de la justicia social exige hoy la defensa decidida y positiva de las gentes acomodadas, por tanto tiempo maltratadas y vilipendiadas”. Para conseguirlo, sus instrumentos eran la reducción de los servicios públicos y el control de la Reserva Federal. Si bien Galbraith reconocía que los impuestos menguaban la libertad de gastar dinero, advertía que una renta mínima contribuiría a agrandar la libertad de las personas sin recursos. A su juicio, “el impacto inicial de los elevados tipos de interés o de la denegación de préstamos por parte de los bancos recaerá sobre las empresas, los pequeños constructores, comerciantes y granjeros, todos los cuales dependen de los préstamos bancarios para su supervivencia”. “La General Motors, la Shell y demás empresas gigantes disponen normalmente de amplios fondos en efectivo procedentes de sus propios ingresos, y no se verán, por tanto, apreciablemente afectadas”. En suma, el monetarismo detendría la inflación solo a través de “la creación de un volumen de excesos de capacidad, acumulación de existencias y desempleo, suficientes para que constituyan en sí un freno a la tendencia alcista de los precios y los salarios; para los hombres y mujeres que resultan despedidos; que buscan sin éxito nuevo empleo, o que nunca logran obtener uno, ésta es sin duda una implicación de extrema importancia”. No obstante, auguraba una reacción contraria. “El socialismo o su equivalente en nuestros días no vendrá de la mano de los socialistas, sino de la mano de los hombres de negocios que reciben de sus bancos la advertencia de que Wash-

ington constituye su última y única esperanza de salvación” (Galbraith 1982, 5-12).

Al texto de Galbraith se confrontó la conferencia que Milton Friedman dictó en 1976 en el IEE. Friedman reconocía en su adversario “su independencia de juicio, su diligencia en la difusión y la promoción de sus ideas y el esfuerzo que ha hecho por dotar a algunas de ellas de contenido intelectual”. El líder de la Escuela de Chicago admitía estar en ocasiones de acuerdo con el profesor de Harvard en relación al fin de la conscripción militar en Estados Unidos, así como acerca de la corrección de la inflación bajo la presidencia de Gerald Ford. Sin embargo, a Friedman le resultaba difícil que Galbraith pudiera “conciliar su sincera convicción de la validez de cuanto afirma con la imposibilidad en que se han visto cuantos estudiosos, incluidos los simpatizantes con su orientación política general, han intentado documentar esas afirmaciones”. Respecto a *La sociedad opulenta*, no apreciaba que el tema principal fuera la mayor o menor riqueza de la sociedad occidental, sino la denigración de los gustos de la plebe que prefieren “los naipes a la poesía y los grandes coches de aletas espectaculares a las carísimas monerías de pequeño formato”. La noción del poder compensador también era cuestionada, pues aceptando la posición de Stigler, “los acuerdos creadores de cárteles son inestables, como lo son los acuerdos entre monopolistas bilaterales y multilaterales”. Para rechazar *El nuevo Estado industrial*, acudió a los estudios de Harold Demsetz, quien analizando las acciones en bolsa de las trece mayores industrias norteamericanas, encontraba que su rentabilidad era mucho más variable de un año a otro que la media de los demás valores. Comparándole con Stuart Mill, calificaba Friedman a Galbraith de *tory* radical del siglo XIX, dominado por consignas para la acción carentes de autoridad científica. La queja de esta clase de reformadores gravita, decía Friedman, en que la libertad de mercado es un impedimento para la consecución de sus planes de evolución social; el mercado libre permite al pueblo tener lo que éste quiera, pero no lo que lo prefieran sus paternalistas dirigentes. “Si no gobierna el mercado libre, ¿quién lo hace? Según Galbraith, no unos empresarios al servicio del mercado, sino los tecnócratas, faltos de autoridad moral y, para colmo, no desinteresados”. “¿Qué derecho tienen a decidir los gustos de la gente o la utilización de los recursos de una comunidad?”. Friedman se oponía

a ser gobernado por una aristocracia de cuna, y rebatía el imperativo tecnológico. “No hay necesidad técnica, hija del desarrollo tecnológico, que exija la ampliación de los programas de *welfare*, de los controles sobre las rentas, de la construcción estatal de viviendas o de los servicios médicos a cargo del gobierno. Nada de esto es reflejo de las presiones tecnológicas. Lo que refleja es más bien una idea errónea, la de creer que el bienestar social se consigue por métodos políticos. El crecimiento del gobierno se debe a la mano invisible de la política, que trabaja en dirección contraria a la de la economía. En la economía, quienes solo buscan su propio interés son llevados por una mano invisible a favorecer el bien público” (Friedman 1982, 13-44).

A continuación, el ensayo continuaba con las aportaciones de Jewkes, Meade, Solow, Demsetz y otros críticos al economista de Ontario. Por último, la versión española concluía con un artículo de Manuel-Jesús González, quien repasaba la obra galbraithiana. De *Capitalismo americano* decía que sus tesis, entre los economistas profesionales “cayeron rápidamente en desuso”. “Hay que alabar, sin embargo, la visión comercial de Galbraith para extraerla del almacén de los viejos cacharros y ponerla en circulación como mercancía ligeramente averiada envuelta en agradable retórica”. Sobre *La sociedad opulenta*, planteaba interrogantes. “El consumo masivo es el resultado de algún engaño. Pero de su *The Affluent Society* vendió más ejemplares que Adam Smith de *La Riqueza*. ¿Quién engaña a quién? Este es un misterio que Galbraith se reserva en sus ediciones sucesivas. En todo caso, una consecuencia natural del desaforado consumismo es la opulencia del sector privado frente a la escualidez del sector público. Pero es honrado preguntarse qué diría nuestro autor hoy con los crecientes gastos públicos y el crecimiento del sector público. ¿Acaso es un resultado de que los políticos leen a Galbraith?”. Y acerca de *El nuevo Estado industrial*, por último, veía González cierto aire conspirativo poco convincente. “Una nueva clase, la tecnoestructura, se ha apoderado de nuestras vidas. Y, naturalmente, como en toda clase dominante, la meta es la seguridad en su encumbrada posición”. “De nuevo, es de alabar en Galbraith la sincera inquietud por el problema del poder, la conducta de los burocratas, la distribución de la renta, etc. Pero ¿dónde buscar la respuesta? ¿En los econo-

mistas de formación ortodoxa, que intentan usar a tal fin el corpus de conocimientos establecidos, o en la heterodoxia galbraithiana, de atractivos colores? El lector debe juzgar por sí mismo”. (González 1982, 47-55).

En este clima de batalla ideológica, con el fin de dar a conocer al público español los argumentos en favor de la libertad económica durante la transición, el IEM adquirió también en 1982 los derechos de la serie televisiva “Libertad de elegir”, que Milton Friedman había realizado en 1978-1979. El programa, que constaba de diez capítulos, se emitió por el norteamericano Public Broadcasting Service al año siguiente, y generó el libro de homónimo título (Friedman [1979] 1983). “Libertad de elegir”, pues, resultó la réplica a “La era de la incertidumbre”, la serie televisiva que Galbraith rodó a su vez para la BBC en 1974-1976, emitida en 1977, y que dio pie a su texto de historia de las consecuencias de las ideas económicas (Galbraith [1977] 1981). La monografía del IEM, antes comentada, era un anticipo de la lucha por dirimir los dos polos de la política económica posible dentro del capitalismo. Pedro Schwartz ofreció a Televisión Española la emisión de “Libertad de elegir”, que fue finalmente puesta en antena en mayo de 1982, concluyendo en septiembre de ese año, al final del gobierno de Unión de Centro Democrático. Schwartz declaró en la revista *El Europeo* (20-05-82) que las películas de Friedman “hacen que quienes las discuten se vean forzados a hablar con sencillez de problemas candentes, que es lo que hace falta en la primera cadena de televisión”. El procedimiento de emisión consistió en desdoblar cada filme original de una hora en dos filmes de media hora, incorporando en España un coloquio semanal (“Encuentros en Libertad”), a cargo de diferentes expertos, y moderado por la periodista Sibely Valle en la hora previa al informativo nocturno de máxima audiencia de la televisión pública. La pluralidad dominó a lo largo de los distintos programas. Carlos Bustelo, Enrique Barón, Víctor Mendoza y Pedro Schwartz intervinieron en “El poder del mercado”, el primer episodio de la serie. Carlos Solchaga, Luis Linde, José B. Terceiro y Jaime Llopis, en “La tiranía del control”. Juan José Toribio, Ramón Tamames, Antonio Santillana y Jaime González participaron en “Anatomía de una crisis”. Eduardo Punset, José Barea, Ciriaco de Vicente y Félix Mansilla, en “La Seguridad Social”. Francisco Bustelo, Antonio Argando-

ña, Pedro Caselles y Felipe Segovia, en “¿Qué pasa en nuestras escuelas?”. Juan Antonio Sagardoy, Eduardo Zaldívar y los sindicalistas Juan Ignacio Marín y Antonio Puerta, en “¿Quién protege al trabajador?”. Ernest Lluch, Rafael Termes, Rafael Martínez Cortiña y José Luis Oller, en torno a “La inflación”. Por último, Carlos Ferrer Salat, José María Figueras, Miguel Ángel Fernández Ordoñez y José Luis López Aranguren dieron su opinión en “Cómo permanecer libres” (Fondo Documental RTVE 1982).

A lo largo de la emisión, se discutió en la prensa la presencia del Nobel de Economía en Televisión Española. Sobre el influjo de la Escuela de Chicago, *El País* dijo: “Friedman no ha sido consejero directo de Pinochet, pero muchos de sus discípulos más aplicados de la Escuela de Chicago han formado el equipo económico del dictador chileno” (22-08-1982). El diario madrileño contó la visita de Friedman a Perú donde le había entrevistado Mario Vargas Llosa. “El escritor peruano le preguntó si tenía alguna duda moral al observar que sus teorías eran aplicadas generalmente en países con Gobiernos autoritarios: ‘No’, respondió Friedman; ‘no me gustan los Gobiernos militares, pero busco el mal menor’”. *El País* constataba así diferencias entre los liberales españoles. “La presencia de Friedman no ha sido vista con mucho agrado por una buena parte de las personas que forman el staff del recientemente constituido Partido Demócrata Liberal (PDL), representante político del liberalismo en España, que consideran las doctrinas de Friedman como inaplicables en nuestro país y muy desprestigiadas en su imagen por haber sido aplicadas, con mayor o menor pureza, en diversas dictaduras (Chile, Argentina, Turquía)”.

Ante la polémica suscitada, los directivos de la televisión pública decidieron a continuación comprar los derechos de emisión de “La era de la incertidumbre”. El formato del programa era similar al de Friedman. La serie de Galbraith comenzó en noviembre de 1982, y concluyó en julio de 1983, constando de doce capítulos y una entrevista al profesor de Harvard en su residencia particular. Ramón Tamames y Antonio Garrigues Walker intervinieron en el primero, “Los profetas y el capitalismo clásico”. José María Díez-Alegría y José María Aguirre Gonzalo, en “Las costumbres y la moral del capitalismo”. Pedro Schwartz y Pablo Castellano, concurren en torno a “El marxismo”.

Juan Muñoz García y José Muñoz Pérez, sobre “La cuestión colonial”. Gonzalo Anes y Julio Segura, acerca de “Lenin y el gran despegue”. Lucas Beltrán y Julián García Vargas, respecto a “La ascensión del dinero”. En los días en que el gobierno socialista expropió el holding Rumasa, Pablo Castellano y Jaime Llopis conversaron sobre “La gran empresa”. Enrique Fuentes Quintana y Fabián Estapé, acerca de Keynes en “La revolución de los mandarines”. Antonio de Senillosa y Manuel Nadal, en “La carrera de armamentos”. Víctor Mendoza y Pedro Sancho, en “La tierra y la gente”. Ricardo Bofill y José Luis Álvarez, sobre “La metrópoli”. Y Eduardo Sotillos y Rafael Ansón, respecto a “Compromiso y liderazgo” (Fondo Documental RTVE 1982).

La emisión española de “La era de la incertidumbre” acabó con una entrevista realizada a Galbraith en Harvard a cargo de la citada periodista. A la altura de 1983, al profesor norteamericano no le impresionaba la crisis energética, “la gran coartada de los economistas”. Reconoció que en *El nuevo Estado industrial* no había contemplado el advenimiento del monetarismo, así como la caída de ciertas grandes firmas. Según Galbraith, la ventaja competitiva de naciones como España o Italia debería pasar por el diseño y la actividad artística, no en la ciencia y la ingeniería. Felicita al presidente del Gobierno español Felipe González, recomendando a los socialistas que fuesen conservadores elaborando los presupuestos. “No hay licencia para que la izquierda democrática sea imprudente en política fiscal”. Recomendaba los impuestos progresivos, y un buen clima entre el gobierno, los sindicatos y las empresas para no depender del monetarismo a la hora de combatir la inflación. No se mostraba favorable a la propiedad pública, salvo si se demostrase su necesidad. Para él, la vida económica significa siempre un proceso de cambio. En torno a las grandes economistas, dijo que Marx no previó el desenlace burocrático del capitalismo desarrollado; que el emprendedor de Schumpeter quedaba superado por la tecnología; y que Keynes estaría asociado siempre asociado a la política práctica de cómo aumentar la producción en las recesiones. Se mostraba partidario del seguro de desempleo, desconfiando de los economistas que percibían en ello una fórmula para la degradación moral. No creía que la inversión militar sirviese a la eficiencia económica, viendo los casos de Japón y Alemania Federal. El autor de *La so-*

iedad opulenta constataba el crecimiento de la conciencia ecológica visto el éxito electoral del partido Die Grünen en el segundo país. Y por último, a diferencia de otros socialdemócratas, las multinacionales, para Galbraith, no representaban ninguna suerte de colonialismo económico (Fondo Documental RTVE 1982).

¿Qué consecuencias tuvo el duelo Friedman-Galbraith? En el caso español, se constató la posición fija entre unos y otros en un tiempo de transformación política. En el ámbito de la difusión popular de las ideas económicas, acaso Friedman venció. En Estados Unidos, *Libertad de elegir* fue un éxito por la personalidad de su autor, así como por el apoyo que recibió por instituciones simpatizantes. La retórica de Friedman se alineaba bien con los requisitos de finales del siglo XX. Al contrario, en *La era de la incertidumbre* Galbraith, pese a los momentos de brillantez, no encontró una forma de expresar su opinión en términos sencillos y de aplicación general. Como se ha dicho, para ser una “superestrella económica” es necesario tener una visión fija del mundo, manifestándola con fuerza. El reductivismo del debate económico de los últimos tiempos puede atribuirse, en parte, al patrón de la demanda del consumidor (Burgin 2013).

5. Conclusión

Como afirman Cardoso y Lluich (1999) respecto de las teorías económicas que se insertan en las historias nacionales del pensamiento económico, existen ciertos autores cuya obra puede alcanzar diferentes interpretaciones en un mismo país, “y estas ideas se manipulan o capitalizan más tarde a la luz de la fama y popularidad de que gozó el autor”. ¿Pudo ser el caso de Galbraith? Cuando llegaron a España sus primeras obras, la idea de la mejora de la productividad cobraba fuerza gracias al Plan Marshall de reconstrucción de Europa. El Plan recomendaba la formación de los gerentes de empresas, la realización de actividades conjuntas entre la dirección y los trabajadores, así como la aplicación de técnicas de eficiencia industrial. En el caso español, en 1952 se fundó la Comisión Nacional de Productividad Industrial (CNPI), dependiente del Ministerio de Industria, con tal propósito. En virtud de los Acuerdos de Madrid de 1953, España, a través de la CNPI, fue invitada a participar en el Programa de Ayuda Técnica, que englobaba viajes

de intercambio técnico a Estados Unidos, junto a la llegada a España de especialistas americanos para prestar servicios técnicos. Desde 1954 hasta 1962 se enviaron 148 equipos de intercambio técnico, 962 participantes en total (Gil Peláez 1967). Eran unos viajes, como señaló Galbraith en *Capitalismo americano*, en los cuales, “el visitante extranjero traído a los Estados Unidos por la Administración de Cooperación Económica, visita casi las mismas empresas que los fiscales del Departamento de Justicia en sus averiguaciones para descubrir los monopolios”. Hubo, por consiguiente, un escenario idóneo para la llegada del economista dentro del circuito de ideas procedentes de Norteamérica.

Fabián Estapé, en esa época, denotó en Galbraith un arquetipo de economista que propiciaba cambios en la dirección de la política económica favorables a la intervención pública, y para ello, siendo partidario, empleó diferentes recursos a su disposición. Por el contrario, salvo la teoría del “poder compensador”, Lucas Beltrán manifestó a través de *Moneda y Crédito* un firme rechazo. Pero no hubo un debate académico prolongado, a causa de la propia naturaleza de la producción galbraithiana, proclive a la popularización, más que a la profundización. Igualmente, el interés de los principales economistas entonces se orientó, tanto en la puesta en marcha de las cuentas nacionales y las tablas input-output (Torres, Andrés Álvarez, Alcaide), o bien en la orientación de las soluciones ade-

cuadas (Castañeda, Beltrán, Rojo, Prados Arrarte) para el desarrollo español (Rosado 2003, 366-377). El camino se abrió para Galbraith a través de medios de la solvencia de ICE, o de organizaciones profesionales como APD. La tesis de la tecnoestructura se encontró así con admiradores dentro del Régimen de Franco, como debeladores de la misma en la oposición democrática. La teoría corporativa de Galbraith se difundió entre los directores españoles por su propuesta de aminoración de la incertidumbre en medio de la actividad de éstos. El prolongado periodo de crecimiento económico dio paso a mejoras del nivel de vida, y a la aparición de nuevas motivaciones entre quienes dirigían las grandes firmas.

Finalmente, en el paso de la dictadura a la democracia en España, tanto Friedman como Galbraith aparecían posiblemente como dos versiones de la realidad económica (Breit 1984, 18-29). Al igual que el artista frente al lienzo, ambos autores, distinguidos científicos sociales, trabajaron dentro de su propia tradición, ofreciendo una nueva manera de ver, de organizar la experiencia. La pregunta correcta no estribaría quizá en cuál de las dos versiones era cierta, sino más bien en cuál de ambas era correcta, cual se inscribía dentro de su propio marco de referencia. Las interpretaciones friedmanita y galbraithiana corroboraban dos maneras de entender el papel del Estado dentro de la economía, advirtiéndose que la segunda aminoraba su influencia.

Bibliografía

- Fondo Documental RTVE. 1982-1983. "Encuentros en Libertad. Economía". "Libertad de elegir" (Inicio emisión 05-05-1982/ Final emisión 29-09-1982). "La era de la incertidumbre" (Inicio emisión 10-11-1982/ Final de emisión 19-07-1983)
- Adams, John. 1984. Galbraith on economic development. *Journal of Postkeynesian Economics* 8 (1), 91-102.
- Alonso-Castrillo, Álvaro. 1960. Un pensamiento económico de Galbraith: una consecuencia de las diferencias sociológicas entre Europa y Norteamérica. *Información Comercial Española*, 319, 61-70.
- Audretsch, David B. 2015. Joseph Schumpeter and John Kenneth Galbraith: two sides of the same coin? *Journal of Evolutionary Economics*, 25, 197-214.
- Beltrán, Lucas. 1955. Sobre el nuevo concepto del 'poder compensador'. *Moneda y Crédito*, 54, 57-75.
- Berumen, Sergio. 2010. Fabián Estapé Rodríguez: precursor del pensamiento schumpeteriano en España. En Luis Perdices de Blas y Thomas Baumert (coords.): *La hora de los economistas*, Madrid, Ecobook, pp. 191-206.
- Bradford deLong, J. 2005. Sisifus as SocialDemocrat. The life and legacy of John Kenneth Galbraith. *Foreign Affairs* 84(3), 126-130.
- Breit, William. 1984. Galbraith and Friedman: two versions of economic reality. *Journal of Postkeynesian Economics* 8 (1), 18-29.
- Burgin, Angus. 2013. Age of certainty: Galbraith, Friedman, and the public life of economic ideas. *History of Political Economy*, 45 (1), 191-219.
- Cardoso, José Luis, y Ernest Lluch. 1999. Las teorías económicas contempladas a través de una óptica nacional. En Fuentes Quintana, Enrique (dir.), *Economía y economistas españoles*, vol. 1, Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 477-484.
- Carrión, Ignacio. 1972. Un *show* Galbraith en Madrid para 500 ejecutivos españoles. *Blanco y Negro*, 42-45.
- Cotorruelo, Agustín. 1960. Un libro aleccionador y peligroso. *Información Comercial Española*, 319, 55-60.
- De la Sierra, Fermín et al. 1981. *Los directores de grandes empresas españolas ante el cambio social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- De Torres, Manuel. 1955, *Teoría y práctica en la política económica*. Madrid: Aguilar.
- Dunn, Stephen. 2005. John Kenneth Galbraith and the Multinational Corporation. *Challenge*, 48(2), 90-112.
- Dunn, Stephen. 2011. *The Economics of John Kenneth Galbraith. Introduction, Persuasion, and Rehabilitation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Estapé, Fabián. 1949. Thorstein Veblen (1857-1929). *Moneda y Crédito* 28, 30-42.
- Estapé, Fabián. 1952. John Kenneth Galbraith: A Theory of Price Control. *Revista de Economía Política*, 8, 329-336.
- Estapé, Fabián. 1956. Introducción a *Capitalismo americano*. Barcelona: Ariel, pp. 9-33.
- Estapé, Fabián. 1960a. Introducción a *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel, pp. 7-16.
- Estapé, Fabián. 1960b. Galbraith, entre la economía y la política. *Información Comercial Española*, 319, 49-54.
- Estapé, Fabián. 1971. *Ensayos sobre historia del pensamiento económico*. Barcelona: Ariel.
- Estapé, Fabián. 2009. *Mis economistas y su trastienda*. Barcelona: Planeta.
- Fernández de la Mora, Gonzalo. [1965] 1986. *El crepúsculo de las ideologías*. Madrid: Espasa Calpe.
- Fernández de la Mora, Gonzalo. 1974. La convergencia de las ideologías. *ABC*, 13 de julio.
- Friedman, Milton. [1979] 1983. *Libertad de elegir*. Barcelona: Orbis
- Friedman, Milton. 1982. La década de 1980: el futuro como extrapolación del presente. En Friedman, Milton et al. *Friedman contra Galbraith*. Madrid: Instituto de Economía de Mercado-Unión Editorial, pp. 13-44.
- Fuentes Quintana, Enrique. El empresario, factor escaso en la economía española. *Arriba*, 27 de marzo de 1957.
- Galbraith, John Kenneth. [1952] 1956. *Capitalismo americano*. Barcelona: Ariel.
- Galbraith, John Kenneth. [1958] 1950. *La sociedad opulenta*. Barcelona: Ariel.
- Galbraith John Kenneth. [1967] 2007, *The New Industrial State*. Princeton: Princeton University Press.

- Galbraith, John Kenneth. 1966a. El nuevo Estado industrial. *Información Comercial Española*, diciembre, 139-173.
- Galbraith, John Kenneth. 1966b. El progreso económico: Panorama de las experiencias recientes. Barcelona, Banco Español de Crédito.
- Galbraith, John Kenneth. 1968. Organización y autoridad en la empresa moderna: visión del poder económico. *Alta Dirección*, 21, 15-22.
- Galbraith, John Kenneth. 1969. Las implicaciones del nuevo Estado industrial. *Información Comercial Española*, 429, 35-43.
- Galbraith, John Kenneth. [1969] 1970. *Diario de un embajador*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Galbraith, John Kenneth. 1973. Power and the Useful Economist. *The American Economic Review*, 63, 1-11.
- Galbraith, John Kenneth. [1973] 1975. *La economía y el objetivo público*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Galbraith, John Kenneth. 1977. Bruto y refinado. *Revista de Occidente*. Madrid, 22-23, 62-67.
- Galbraith, John Kenneth. [1977] 1981. *La era de la incertidumbre*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Galbraith, John Kenneth. 1981a. Del mercado libre al mercado organizado. *Dirección y Progreso*, 56, 7-14.
- Galbraith, John Kenneth. 1981b. El asalto conservador. *Papeles de Economía Española*, 7, 373-386.
- Galbraith, John Kenneth. [1981] 1982. *Memorias. Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Grijalbo.
- Galbraith, John Kenneth. 1982. La década de 1980: el futuro como extrapolación del presente. En Friedman, Milton et al. *Friedman contra Galbraith*. Madrid: Instituto de Economía de Mercado-Unión Editorial, pp. 5-12.
- Galbraith, John Kenneth. 1994. *Un viaje por la economía de nuestro tiempo*. Barcelona: Ariel.
- Galbraith, John Kenneth, Pierre Mendes-France, Michel Rocard, Michel Albert, y Roger Garaudy. 1972. *La crisis de las sociedades industriales*. Madrid: Zero.
- Gamonal, Rafael. 1961. Nota sobre publicaciones: J.K. Galbraith: The Liberal Hour. *Moneda y Crédito*, 78, 90-91.
- Gil Peláez, José. 1967. Los EE.UU. en el movimiento español de la productividad. *Información Comercial Española*, septiembre, 145-148.
- González, Manuel-Jesús. 1982. Friedman contra Galbraith. En Friedman, Milton et al. *Friedman contra Galbraith*. Madrid: Instituto de Economía de Mercado-Unión Editorial, pp. 47-55.
- Gordon, Scott. 1969. El cierre del sistema Galbraith. *Información Comercial Española*, 429, 65-70.
- Grau Petit, Carlos. 1953. Nota sobre publicaciones: J.K. Galbraith: A theory of Price Control. *Moneda y Crédito*, 44, 75-77.
- Grau Petit, Carlos. 1959. Nota sobre publicaciones: J.K. Galbraith: The Affluent Society. *Moneda y Crédito*, 69, 166-171.
- Guerrero, Fernando. 1968. En torno a El nuevo Estado industrial del profesor J.K. Galbraith. *Arbor*, febrero, 97-105.
- Gual Villalbí, Pedro. 1961. Conferencia en el acto de inauguración del nuevo local de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Castellón. Castellón de la Plana.
- López Rodó, Laureano. 1971. *Política y Desarrollo*. Madrid: Aguilar.
- Marris, Robin. 1969. El nuevo estado industrial. Una crítica. *Información Comercial Española*, 429, 45-50.
- Navarro Rubio, Mariano. 1969. "El empresarismo", Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid.
- Paniker, Salvador. 1966. *Conversaciones en Cataluña*. Barcelona: Kairós.
- Paniker, Salvador. 1969. *Conversaciones en Madrid*. Barcelona: Kairós.
- Paniker, Salvador. 1988. *Segunda memoria*. Barcelona: Seix Barral.
- Parker, Richard. 2005. *John Kenneth Galbraith: his life, his politics, his economics*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.
- Perpiñá Grau, Román. 1963. La mesa limpia del director de empresa. *Lección inaugural del curso 1963-64*, Barcelona, ESADE.
- Olariaga, Luis. 1968. El verdadero desafío a Europa. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 61-75.
- Poveda, R. 1964. Nota sobre publicaciones: J.K. Galbraith: Economic Development. *Moneda y Crédito*, 91, 90-91.

- Rosado, Ana. 2003. Economía política del franquismo (III): pensamiento desarrollista. En Perdices de Blas, Luis y John Reeder, *Diccionario de Pensamiento Económico en España (1500-2000)*, Madrid: Síntesis pp. 366-377.
- Schwartz, Pedro. 1981. *Empresa y libertad*. Madrid: Unión Editorial.
- Stanfield, James Ronald y Jacqueline Bloom Stanfield. 2011. *John Kenneth Galbraith*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.